

LA GUERRA DEL 14: UN REPASO DESDE LA PERSPECTIVA DEL PRESENTE

FRANCISCO VEIGA

Universidad Autónoma de Barcelona

Francesc.Veiga@uab.cat

(Recepción: 28/10/2013; Revisión: 08/01/2014; Aceptación: 10/06/2014; Publicación: 18/12/2014)

1. LA «GUERRA INEVITABLE».-2. LA GUERRA MODERNA EN 1913.-3. GRAN GUERRA Y GUERRA FRÍA: EL FINAL DE TODAS LAS GUERRAS.-4. LA GRAN GUERRA, MÁS ALLÁ DE 1918.-5. CONCLUSIONES.-6. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

En el presente artículo se proponen diversas lecturas alternativas sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial, los límites cronológicos del conflicto desde una perspectiva no eurocéntrica, y el reflejo de la Gran Guerra en contiendas posteriores de amplio alcance. Parece evidente que la experiencia histórica vivida en estos últimos cien años y el mayor conocimiento que poseemos de la que han atravesado otros pueblos deben contribuir a un análisis más extenso y a la vez poliédrico de una conflagración que cambió el curso de la historia más allá del viejo continente. Se hace una reflexión sobre las relaciones entre Gran Guerra y Guerra Fría, a partir de los planes de contingencia, conceptos como «inevitabilidad de la guerra», «última de todas las guerras» o empate estratégico. Se considera también la proyección de la Primera Guerra Mundial en los conflictos del mundo árabe, la descolonización o los efectos de esa fase de la contienda que es la guerra revolucionaria asociada a la Revolución bolchevique, y que se prolonga mucho más allá de 1918.

Palabras clave: Primera Guerra Mundial; historia del tiempo presente; Guerra Fría; marco cronológico.

THE WAR OF 1914: A REVIEW FROM THE PRESENT TIME PERSPECTIVE

ABSTRACT

The present paper puts forth several different, alternative interpretations about the origins of the First World War, looks at the chronological boundaries of that conflict from a non-Eurocentric perspective, and discusses the impact, and the far-reaching consequences, of the First World War on later conflicts. It seems evident that the historical knowledge gained during the past one hundred years, and the larger knowledge we have of the historical experience of other [non-European] peoples, should allow us to achieve a more extensive-and at the same time multifaceted- analysis of a conflagration that changed the course of history beyond the borders of the old continent. This paper proposes a reflection on the relationships between the Great War and the Cold War, through the study of contingency plans, and concepts such as «the inevitability of war», «the war to end all wars» or strategic draw. We also discuss the projection of that First World War over conflicts in the Arab world, decolonization, and the effects of that phase of the First World War which was the revolutionary war associated with the Bolshevik revolution, a conflict that extended far beyond 1918.

Key words: First World War; present history; Cold War; time frame.

* * *

La Primera Guerra Mundial, también conocida como la Gran Guerra o, más coloquialmente «guerra del 14», ha sido un conflicto central para la historia de Europa en el siglo XX y que, sin embargo, ha quedado relegada en la memoria popular, e incluso en la dedicación profesional de numerosos historiadores, a beneficio de la Segunda Guerra Mundial. Este fenómeno tiene diversas explicaciones fácilmente reconocibles. Una de las más evidentes es la función de «puerta» hacia la modernidad de la segunda mitad del siglo XX que abre el lanzamiento de las bombas atómicas contra el Japón, en 1945, y los prolegómenos directos de la Guerra Fría, primera contienda absolutamente planetaria, que a su vez conduce a la globalización. Frente a ello, el final de la Gran Guerra, en 1918, suele ser entendido como el mero inicio del camino hacia el segundo conflicto mundial, veintidós años más tarde. Si se asume que, de hecho, Primera y Segunda Guerras Mundiales constituyeron una misma contienda, lidiada en dos capítulos separados por un impasse de dos décadas (1), todavía queda más en evidencia el mayor interés que despierta la guerra mundial de 1939 a 1945, en la cual se consolidan procesos y se despejan incógnitas generados por la guerra del 14.

(1) Partiendo aquí del planteamiento propuesto por autores diversos como J. M. Roberts, Paul Preston o Anthony Adamthwaite, entre otros, según el cual la verdadera gran guerra del siglo XX abarca desde 1914 a 1945, con un lapso de un par de décadas de alto el fuego.

En las páginas que siguen se abordarán propuestas interpretativas sobre aspectos muy relevantes de la Primera Guerra Mundial: sus causas posibles, su conclusión y los límites cronológicos del conflicto. Aunque no como recurso sistemático, el análisis comparativo se inscribe en un amplio periodo de trescientos años, que incluyen el lapso del centenario, hasta 2014, pero que también pueden incluir consideraciones más pretéritas.

1. LA «GUERRA INEVITABLE»

La idea de que la Gran Guerra fue un conflicto inevitable y hasta esperado ha llevado a que, un siglo después, nos encontremos con que ha ralentizado y hasta obviado una polémica necesaria sobre las causas reales de su estallido. Esto resulta tanto más chocante cuanto que casi todas las guerras poseen una causa evidente, y que la Primera Guerra Mundial fue el conflicto más devastador vivido por la Humanidad hasta 1914.

Si consideramos que fue la última gran guerra a escala continental generada por el nacionalismo, mientras que las motivaciones de la Segunda fueron básicamente grandes confrontaciones ideológicas, resulta fácil entender la mayor proyección mundial de ésta; máxime porque ese trasfondo se perpetúa en la Guerra Fría. La diferenciación queda todavía más en evidencia por el papel central que la historiografía le ha asignado a Adolfo Hitler en el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial en Europa, con la aplicación de un plan de revancha calculado, paso a paso. Todo ello contrasta con los orígenes más difusos de la Gran Guerra, atribuidos durante mucho tiempo a una serie de «fuerzas ciegas». Ello fue formulado en clave científica por el materialismo histórico, y más precisamente por V. I. Lenin en sus escritos de la época, principalmente en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, de 1916 (2): una guerra mundial imperialista orquestada por las burguesías nacionales, como evolución lógica de las pugnas entre las grandes potencias imperialistas por el control del resto de los países, y sometidas a su vez a la presión interna de los grandes monopolios capitalistas. Este planteamiento pudo resultar aceptable en el momento de su formulación y en años sucesivos, pero conforme se han acumulado casuísticas similares que no han llevado a ese resultado, cabe considerar que tiene sus limitaciones.

La fatalidad de la Gran Guerra ha sido tratada también desde otros niveles y ángulos. Por ejemplo, en 1969, A. J. P. Taylor asociaba su estallido a un mecanismo casi diabólico producto de la rigidez en los sistemas de movilización –que apenas permitía variantes parciales: era un todo o nada– asociado a la

(2) Actualmente se pueden encontrar en red diversas ediciones de la obra de Lenin. Por ejemplo, para *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, vid. la edición china de 1966, en español, en la dirección: [http://www.marx2mao.com/M2M\(SP\)/Lenin\(SP\)/IMP16s.html](http://www.marx2mao.com/M2M(SP)/Lenin(SP)/IMP16s.html)

complejidad de los sistemas ferroviarios de la época. Una vez que se daba la orden de movilizar, los horarios de los trenes debían ser cumplidos a rajatabla, lo cual llevaba al resto de las potencias a ejecutar el mismo esquema en el menor tiempo posible, so pena de quedar expuestos ante la movilización masiva del contrario (3). Un esquema inexorable que se repetiría años más tarde, durante la Guerra Fría, con la formulación de ataques de represalia masivos mediante misiles nucleares que llevaban indefectiblemente a una situación MAD (Mutual Assured Destruction), y que posiblemente inspiró al mismo Taylor.

Asimismo, muy a menudo, el supuesto origen inexorable de la Gran Guerra ha venido muy asociado a la «cuestión de Oriente», eternamente irresoluta. Así, el resultado de las guerras balcánicas de 1912-1913 habría dispuesto el escenario para la Gran Guerra, aunque previamente esos conflictos arrancarían de la crisis de 1908, cuando Austria-Hungría se anexionó Bosnia-Herzegovina, y este, a su vez, de la guerra ruso-turca de 1878-1879 y el Congreso de Berlín. Y así sucesivamente, en una acumulación de conflictos sistemáticamente mal resueltos por la diplomacia europea desde el Tratado de Karlowitz, en 1699. De aquí surgiría el mito de los Balcanes como el polvorín (o avispero) de Europa, que termina llevando a la gran catástrofe de 1914.

Recurrir al «mecanismo de acumulación» de agravios o crisis que, más tarde o más temprano terminan por desbordar el vaso, dando lugar a una guerra o una revolución es un esquema un tanto elemental. Posee un gran poder de convencimiento en las argumentaciones de primera mano, en la misma estela de los sucesos. Pero el hecho es que a lo largo de la Historia se han producido en muchos periodos tal tipo de condensaciones críticas sin desembocar, necesariamente, en conflictos abiertos.

El tópico de los Balcanes como avispero de Europa, capaz de desencadenar conflagraciones cíclicas a escala continental se reactivó en los años noventa del siglo XX, durante las guerras de secesión yugoslavas entre 1991 y 2001. La oportuna combinación entre lo inesperado de aquellos conflictos, y las efemérides de las guerras balcánicas de 1912-1913, más la inminencia del octogésimo aniversario del atentado de Sarajevo, demostró poseer un impacto mediático y hasta político nada desdeñable. El resultado solía ser esperpéntico, como cuando en diciembre de 1991 el semanario *Newsweek* advertía de que el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Hans Dietrich Genscher, era el objetivo de un grupo de terroristas serbios. Nuevamente Gavrilo Princip, Sarajevo-1914 y la paz mundial en peligro (4). Cuatro años más tarde, el presidente Clinton, durante su discurso antes de la firma de la Paz de París que debería poner fin a la guerra de Bosnia, volvió a recordar el peligro que los Balcanes representaban para la paz en Europa, sin considerar que el inicio de la Segunda Guerra Mundial no había tenido nada que ver con esa región europea.

(3) TAYLOR (1970).

(4) «Fear and Loathing: A Serbian Hit Squad?», *Newsweek*, diciembre 19, 1991.

La comparación facilona o basada en la «simetría de las efemérides» (5) caía por entonces en terreno fértil por el hecho de constituirse en síntoma del retorno a las guerras basadas en las ideas nacionalistas y/o «interétnicas», como era habitual argumentar en los años noventa, en los medios de comunicación pero también en ensayos con pretensiones de ser académicos. Finalizada la Guerra Fría, la gigantesca confrontación bipolar basada en la antítesis capitalismo-comunismo dio paso a toda una nueva serie de nuevas contiendas nacionalistas en que el objetivo estratégico pasaba por fijar fronteras, expulsar a poblaciones completas o minorías, e incluso llegar al genocidio, como sucedió en Ruanda, en 1994.

Lógicamente, no todas los conflictos militares de la Guerra Fría habían sido realmente ideológicos; pero casi siempre venían disfrazados o teñidos por una u otra de las grandes opciones en liza, dado que el clientelismo hacia una u otra potencia resultaba prácticamente indispensable. Tras la caída del Muro, en 1989, esa tutela desapareció –al menos por parte soviética– y en el mundo reaparecieron los viejos escenarios y *casus belli* de comienzos del siglo XX, reforzados por las identidades religiosas, especialmente a partir de 2001. De ahí que el paralelismo con los escenarios previos a la Gran Guerra se hiciera más frecuente, sobre todo a medida que se acercaba la efemérides centenaria de 1914, un recurso irresistible para el gran periodismo comercial, que podía aprovechar la carrera de armamentos o la nueva «cuestión de Oriente», centrada en el fracaso de la Primavera Árabe, la guerra civil siria o la crisis ucraniana, para trazar paralelismos con los orígenes de la Primera Guerra Mundial y pronosticar grandes conflictos similares (6).

Por lo tanto, una parte importante de las interpretaciones sobre las causas de la Gran Guerra insisten, de una manera u otra, en su carácter indefectible, una suerte de fatalidad incuestionable. Sin embargo, la perspectiva de la época no indica que forzosamente esto fuera así. Según el historiador Niall Ferguson (7) el mercado de bonos británico no hizo prever una guerra cercana, aun teniendo en cuenta que ya por entonces en Europa existía un amplio mercado de inversores en bolsa, que ante riesgo de conflicto armado inminente, los Estados podían poner a la venta importantes *stocks* de bonos, que depreciarían aquellos que ya tenían en su poder los inversores con anterioridad. Esa reacción prácti-

(5) Concepto que hace referencia al impacto mediático, político o meramente publicitario que posee el manejo interesado de las efemérides. Desarrollado por el autor en el ciclo de conferencias coordinadas por él mismo: «Efemèrides inquietants: 1914-«1984»-2014. Final d'època o nou començament?», Caixa Fòrum Barcelona 5, 12, 19 y 26 de mayo y 2 de junio de 2014. Con la participación de los profesores Ramón Moles (UAB), Antón Costas (UB), Francesc Tirado (UAB) y Rafael Argullol (UPF).

(6) STAVRIDIS, JAMES: «Flash Point in the Eastern Mediterranean. Will Conflict in the Middle East trigger the next great power war?», *Foreign Policy*, julio 19, 2013; «'Accidental wars' feared as Asia engages in new arms race», RT, marzo 25, 2013.

(7) FERGUSON (2007).

camente automática solo se produjo en los momentos anteriores al estallido efectivo de la Gran Guerra, y más concretamente a partir del 23 de julio de 1914, cuando casi había pasado un mes del asesinato del archiduque Francisco-Fernando en Sarajevo. Y en todo caso, ese indicador de riesgo de guerra no se produjo años, meses o incluso semanas antes. Lo que parece desmentir la tan extendida teoría de que la guerra era un fenómeno esperado por una parte significativa de la población, que en el cambio del siglo XIX al XX vivió inmersa en un periodo de intenso crecimiento económico y un desarrollo financiero internacional de tal alcance que Niall Ferguson no duda en calificar de «primera globalización».

2. LA GUERRA MODERNA EN 1913

La Gran Guerra como una contienda que arrancó con objetivos irreales y pronto se empantanó en las trincheras es otro de los clichés que definen a ese conflicto como la culminación del absurdo, el patito feo de las más feas guerras. Una imagen que, paradójicamente, parece chocar con la idea de que la Gran Guerra era universalmente esperada, incluyendo en ello a los militares. Atribuirlo todo a la incompetencia de los generales no termina de ser una explicación convincente; o al menos, no lo es si no se considera qué modelo de guerra de contingencia se estaba imponiendo en los Estados mayores europeos desde comienzos del siglo XX.

Desde la guerra franco-prusiana de 1870-1871 a la Gran Guerra de 1914, pasando por la guerra ruso-otomana de 1877-1878, los principales conflictos bélicos habían estado asociados a la expansión imperialista de las grandes potencias, por lo que desde las principales cancillerías europeas habían sido contemplados como guerras menores, incapaces de arrastrar a las grandes potencias a una conflagración generalizada. Por ello, la mayor parte no eran consideradas «guerras modernas» desde un punto de vista estratégico o tecnológico. La guerra de los Boers, la revolución mejicana, no digamos la insurrección de los boxers, eran contemplados como conflictos «tercermundistas», escasamente relacionados con la forma de hacer la guerra propia de las potencias modernas, aunque en realidad fueran la avanzadilla histórica de las contiendas revolucionarias.

Los conflictos más modernos habían sido aquellos en los cuales las marinas habían jugado un papel central: la guerra hispano-americana de 1898, la chino-japonesa de 1894-1895, la ruso-japonesa de 1904-1905, la italo-turca de 1911-1912. El gran símbolo de la modernidad era el acorazado y más propiamente los Dreadnoughts (8) a partir de 1906. Las flotas resultaban muy caras de crear y mantener, y eran tecnología punta. Tripularlas eficazmente requería oficiales

(8) MASSIE (1991).

bien formados, marinería entrenada: un tipo de combatiente especializado y técnico que nada tenía que ver con el de infantería. En 1913, las armas modernas y hasta futuristas eran el acorazado, la lancha rápida, el submarino. El carro de combate no existía, la artillería no había experimentado grandes cambios en años, la ametralladora no estaba situada todavía en la espina dorsal de las unidades de infantería. El avión era una evolución casi lúdica del globo de observación. A título de anécdota significativa: los primeros aviadores que murieron en los días iniciales de la Primera Guerra Mundial cayeron todos el 12 de agosto de 1914, aunque ninguno de ellos en combate, sino por accidente: dos británicos, un francés y un alemán (9)

Las hipótesis de Mahan todavía poseían un peso central en las grandes canchillerías y Estados mayores (10). La teoría de la Heartland eurasiática de MacKinder, de 1904, pareció quedar obsoleta al año siguiente, durante la primera revolución rusa, y más aún tras la victoria japonesa en Tsushima. MacKinder regresaría, por supuesto, pero en 1919 (11). En 1913 lo importante era controlar las vías marítimas. Así que la carrera de armamentos previa a la Gran Guerra se centró mucho en la construcción de flotas dotadas de los más modernos medios técnicos del momento. Resulta significativo considerar que la carrera de armamentos centrada en el desarrollo naval no solo obsesionó a las grandes potencias que pronto se verían envueltas en la Gran Guerra (12). También se implicaron potencias latinoamericanas como Argentina, Brasil y Chile, que se lanzaron a crear sus propios acorazados clase *Rivadavia*, *Minas Geraes* y *Almirante Latorre*, respectivamente. Países como Holanda o España, que serían neutrales en la Gran Guerra, buscaron crear sus variantes nacionales de los *Dreadnoughts*. Y Rusia proyectó esos mismos acorazados en dos clases diferentes: los *Gangut* para la Flota del Báltico y los *Imperatrítsa Mariya* para el mar Negro (13).

Por entonces, se suponía que caso de un enfrentamiento a gran escala entre potencias, el choque entre las flotas de alta mar sería decisivo y, posiblemente, rápido. Las batallas en tierra entre enormes ejércitos, aparte de resultar muy costosas en hombres, podrían ser inconclusivas, hacer que el desenlace de la guerra fuera largo y, por ello, descarrilar el control político de la misma. El modelo de la época era la guerra ruso-japonesa: el brillante y rápido resultado en la batalla naval de Tsushima había ayudado a ocultar las carnicerías en la campaña de tierra, en batallas como las de Nanshan, el asedio de Port Arthur o el choque de Mukden, que pusieron en entredicho el liderazgo de los generales japoneses. La dinámica de las guerras en los Balcanes reforzaba esa impresión, revaluando el papel de la flota griega, que habían contribuido a impedir la llegada de refuerzos turcos al

-
- (9) GILBERT (2011): 83.
(10) CROWL (1991): 463-494.
(11) MASDEU MARQUINO (2012): 79-106.
(12) MASSIE (2003).
(13) SONDHAUS (2001): 214-216; GAY y GARDINER (1985): 401 y 408.

teatro de operaciones. Pero los infructuosos intentos búlgaros de tomar Estambul, las tremendas pérdidas, acrecentadas por el tifus fueron la imagen más definitiva de estas guerras libradas en países considerados «primitivos».

Como contraste, en palabras del almirante Jackie Fisher, impulsor de la fórmula del *Dreadnought* en Gran Bretaña, los choques en alta mar entre fortalezas flotantes dotadas de artillería ultrapesada decidirían las guerras del futuro. «Una vez derrotados los acorazados, la guerra habrá terminado» –aseveró–. Para concluir: «Si nos derrotan en tierra, se pueden improvisar nuevos ejércitos en unas semanas. Pero no se puede improvisar una marina; para eso hacen falta cuatro años» (14).

Mientras tanto, los grandes ejércitos europeos, y la cultura del militarismo, estaban destinados principalmente a asegurar el orden social interno en un mundo en el que se sucedían revoluciones como la mexicana, la rusa de 1905, la otomana de 1908 y la china de 1911. Las naciones más civilizadas deberían batirse con las armas más modernas en conflictos localizados, que evitarían guerras largas y socialmente peligrosas. Por otra parte, las flotas eran instrumentos del poder colonial, y estaban llamadas a arrebatar o bloquear la acción de otras potencias rivales. Tal era el objetivo del Plan Naranja de los americanos con respecto a la flota japonesa, o la estrategia alemana para contrarrestar la potencia de su rival británico.

Hay margen, por lo tanto, para revisar la percepción que se tenía en 1913 sobre la posibilidad de una próxima guerra generalizada en Europa, a partir de los conflictos balcánicos de 1912-1913, y su resultado. Por entonces se consideraba que lo peor había pasado, que el reparto de los Balcanes había concluido, al menos por una generación, y que el objetivo principal, que era expulsar a los turcos, había sido completado. Lo que quedaba pendiente, al menos para los rusos, era el colofón en términos de guerra naval: cómo asegurarse el control de los Dardanelos y sacar la flota desde el mar Negro al Mediterráneo; esa era la prioridad rusa y no los Balcanes (15). Para el resto de las potencias, el Imperio otomano, no destruido por las guerras balcánicas, podía seguir siendo explotado, con ese mismo objetivo; por ejemplo, por el flanco árabe: la Convención Anglo-Otomana de 1913 definía los límites de la jurisdicción otomana en el Golfo Pérsico, a fin de crear un espacio hegemónico para el Imperio británico, muy interesado por entonces en el petróleo de Kuwait, Qatar y Bahrain, necesario para el combustible de su nueva flota, que incorporaba ya la nafta (16).

(14) BLOM (2010): 239.

(15) MCMEEKIN (2011): 239.

(16) Este análisis fue expuesto por primera vez por FRANCISCO VEIGA, «1913: la calma prima della tempesta. L'apparente recupero delle Grandi potenze orientali alla vigilia della Prima guerra mondiale», ponencia en las jornadas *La lunga crisi. Italia, Romania e Sud-Est europeo dal 1908 alla Pace di Bucarest (1913)*, en: Università Ca'Foscari e Istituto Romeno di Cultura e Ricerca Umanistica di Venezia, Venecia, 14 y 15 de junio, 2013.

Este planteamiento posee un gran interés, por cuanto supondría que antes de la Gran Guerra, los Estados mayores de las grandes potencias consideraban que existía una alternativa controlable ante la posibilidad de un conflicto a gran escala entre unas grandes potencias, que en principio se percibía como improbable. Y que esa alternativa era, precisamente, la opción principal. La creación de ejércitos masivos y flotas costosas llevó a la imaginación de un cierto número de planes preventivos o «guerras imaginadas» en las cuales las operaciones navales jugaban un papel importante (17). No en vano analistas como el polaco Ivan Bloch imaginaban ya en 1899 que con las modernas armas y los ejércitos de masas, las batallas del futuro degenerarían en grandes batallas de desgaste, en verdaderos puntos muertos (18). A no ser que eso fuera prevenido con alguna forma de alternativa estratégica de apertura. Así que, aunque de una forma no tan explícita sí parecía asumirse, antes de 1914, un concepto parecido a lo que durante la Guerra Fría se conocería como «equilibrio del terror». Y como sucedería a partir de los años setenta, cuando se propuso una guerra localizada en Europa con armas convencionales o incluso nucleares tácticas, o bombas de neutrones a fin de evitar el descontrol de una guerra generalizada, antes de 1914 la salida tecnológica hubiera correspondido a las flotas navales. Eso, por supuesto, no excluía los planes de contingencia para campañas con los ejércitos de tierra, que diseñaban todos los Estados mayores, con mayor o menor agudeza o imaginación –como lo eran el Plan Schlieffen alemán o el Plan XVII francés; pero a lo largo del siglo XX, e incluso antes, han existido tales planes militares de contingencia sin que necesariamente hayan sido aplicados, y menos para desencadenar una guerra.

Si la hipótesis sugerida fuera cierta –y todo parece indicar que lo fue, a tenor de las enormes sumas y entusiasmo invertidos en la carrera naval– permitiría separar el fracaso diplomático de la imprevisión militar en el advenimiento de la Gran Guerra, algo que normalmente no suele hacerse, presentándose la acción de las cancillerías como un todo homogéneo, sin contradicciones ni desfasas, lo cual no suele responder a la realidad en ningún periodo histórico (19).

Pero, sobre todo, tener en cuenta la lógica de la carrera naval emprendida por las grandes potencias antes de 1914 ayuda a entender importantes claves que gobernaron la Gran Guerra, y más en concreto el juego de equilibrios entre tecnología, estrategia y control social. La idea de que un conflicto generalizado podía llevar a la ruina económica o a la revolución si no se concluía en unos pocos meses era de uso común y tenía mucha audiencia en la sociedad europea de la época; de hecho, un siglo más tarde volvió a ser utilizada, como si nada,

(17) FERRO (2006): 31-32. En general es muy interesante la lectura de todo el capítulo 4: «La guerra imaginada».

(18) HOWARD (2012): 32.

(19) Incluso obras recientes y muy completas, como la de CLARK (2013), continúan depositando en la diplomacia todo el énfasis sobre los errores de percepción en los orígenes de la guerra.

durante los primeros momentos de la crisis ucraniana (20). En 1914, tras constatarse en el frente occidental que el nivel tecnológico de los contendientes era muy similar, tanto en tierra como en el mar (batallas navales de Coronel y las Falk-lands en noviembre y diciembre), los altos mandos, se encontraron sumidos en un desarrollo estratégico propio de las guerras del siglo XVIII: los enormes ejércitos, difíciles de gestionar y abastecer, tendían al empate en los enfrentamientos a campo abierto, o ganaban batallas que no resultaban decisivas para el conjunto de la campaña. El ritmo de operaciones se hizo lento y vacilante, y por lo tanto, como en los tiempos del duque de Malborough, los generales se dieron a la guerra de posiciones (21). En el siglo XVIII, eso significaba asediar una fortaleza durante meses; doscientos años más tarde, supuso enterrarse en las trincheras, practicando el mutuo asedio, es decir, enfrentando a defensa contra defensa. En ambos tipos de guerra, como en cualquier otra de enfrentamientos estáticos, la artillería devino esencial.

Ante esa situación, tal como afirma Pablo Martín en su contribución a este mismo dossier, de una forma u otra, y al menos para el frente occidental, se hizo patente la necesidad de evitar que el impacto de este primer conflicto global en las respectivas sociedades llevara a su destrucción o a la revolución. Y a la vez, unos y otros buscaron provocar ese efecto en el enemigo. Resultado de ello fue la revolución en Rusia, pero también la descomposición de los viejos imperios europeos. O el intento de ganar la guerra en el mar destruyendo la economía del adversario mediante el bloqueo submarino (por parte alemana) o de unidades de superficie (mediante la flota británica).

En 1914 falló la gestión de la guerra, en parte por un desastroso cálculo en la aplicación de las nuevas tecnologías militares que debían de haber evitado el choque brutal entre unos ejércitos cuya función principal, antes de 1914, era el control social de la mayor parte de la población masculina en edad adulta, a fin y efecto de desactivar el posible auge de la izquierda política que comportaría la llegada, imparable, de la sociedad de masas.

3. GRAN GUERRA Y GUERRA FRÍA: EL FINAL DE TODAS LAS GUERRAS

La polémica en torno a la «guerra inevitable» solo muy recientemente ha comenzado a enlazarse con la Guerra Fría (22), que durante años fue percibida como antesala de la Tercera Guerra Mundial, un conflicto que también en su

(20) En la primavera de 2014, el estratega y académico estadounidense Edward Luttwak llegó a afirmar que «no había dinero» para una Tercera Guerra Mundial, ante la posibilidad de que esta estallara por causa de Ucrania. Era la repetición casi exacta de una teoría muy usual antes de la guerra del 14: *vid.* FLAVIO POMPETTI, «Ucraina, Luttwak: `Ma quale Terza guerra mondiale, ormai nessuno a il soldi per farla», *Il Messagero*, 24 de abril de 2014.

(21) LYNN (2002): 199.

(22) MIESZOWKI (2009): 211-228.

momento, a partir de los años sesenta, se consideró prácticamente como ineludible.

Desde el bando soviético, esa percepción venía apoyada en el propio dogma de la guerra inevitable, desde el análisis leninista aplicado a la Gran Guerra y la revolución de 1917. Básicamente, la idea de que las guerras tendrían lugar forzosamente mientras existiera el imperialismo, fue desarrollada por Stalin (23) antes de la Segunda Guerra Mundial, estuvo vigente en el arranque de la Guerra Fría y solo comenzó a ser zapada por Jruschev con la doctrina de la coexistencia pacífica, lo que a su vez tuvo un protagonismo central en los orígenes de la disputa chino-soviética (24).

Al final, la Guerra Fría no llevó a la Tercera Guerra Mundial ni forzó las contradicciones económicas del capitalismo, sino que provocó la descomposición de la Unión Soviética en 1991. Por ello, y teniendo presente la Primera Guerra Mundial como telón de fondo, no deja de ser irónico que por entonces, entre 1989 y 1992, triunfara la tesis de Francis Fukuyama quien, a partir de una respuesta a las tesis del hegeliano Alexandre Kojève (1902-1968), aseveraba que el triunfo de las democracias liberales, que acababa de provocar la caída del soviétismo, debía interpretarse como el final de las guerras y las revoluciones sangrientas (25).

Así, Francis Fukuyama recuperaba para la victoria americana de 1991 el viejo eslogan de 1917: la guerra del fin de todas las guerras. Y esto no era por casualidad, dado que el origen último del enfrentamiento ideológico soviético-americano se puede rastrear hasta ese mismo año de 1917 (26), cuando la contienda dio un vuelco y desde el bando de la Entente se evolucionó hacia la «ideologización» de la Gran Guerra.

Por entonces, tuvo lugar, por un lado, la revolución en Rusia, con el ascenso al poder de los bolcheviques, en noviembre, y la entrada en liza de los Estados Unidos de América, en el mes de abril. La relación entre ambos acontecimientos resultó ser estrecha: la descomposición de Rusia abrió a los Centrales nuevas perspectivas de victoria militar, pero determinó a Wilson a entrar en la guerra, dado que había desaparecido la autocracia rusa: desde ese momento, la aportación de los EE.UU. se presentó como una lucha idealista contra la autocracia y la opresión.

La contienda dejó de tener planteamientos puramente europeos, en la medida en que los Estados Unidos no accedían para anexionarse tal o cual territorio,

(23) PONS (2002).

(24) BURIN (1963): 334-354.

(25) El artículo original de FUKUYAMA, FRANCIS, fue «The End of History?» y fue publicado en *The National Interest* en el verano de 1989. Actualmente se puede leer en red. Por ejemplo: <http://ps321.community.uaf.edu/files/2012/10/Fukuyama-End-of-history-article.pdf>. La síntesis final de esta línea argumental se encuentra recogida en su libro: FUKUYAMA (1992).

(26) POWASKI (2011).

ni para favorecer que otras potencias lo hicieran. Wilson era básicamente anti-imperialista y eso se aplicaba también a las colonias aliadas. De hecho, el presidente evitó identificarse con los objetivos de guerra de la Entente, calificando a los EE.UU. como potencia «asociada», y no «aliada» (27). A sus ojos, se trataba de cambiar la configuración de Europa y del mundo; es entonces cuando se planteó que la Gran Guerra debería ser «la última de todas las guerras», «ganando a Europa para la democracia». Cobraban forma toda una serie de objetivos marcadamente idealistas y ejemplarizantes: iban dirigidos expresamente contra el militarismo alemán, pero también buscaban imponer a los aliados de la Entente un nuevo orden mundial (28).

El problema del futuro orden político interno dejaba en segundo plano la vieja discusión sobre los objetivos de guerra europeos en el campo territorial, económico y político (29) que, por otra parte, estaban desfasados: la muerte de millones de seres desbordaba las reivindicaciones territoriales «clásicas» en Europa y África. Para ello, Wilson contaba con la nueva potencia económica estadounidense; significativamente llegó a comentarle a su asesor, el comúnmente conocido como Coronel House: «Cuando acabe la guerra podemos obligarles a pensar como nosotros porque estarán económicamente en nuestras manos» (30). Pero también es importante tener en cuenta que la visión de Wilson era esencialmente liberal y cristiana. Además, él creía hablar en nombre de la humanidad porque, como la mayor parte de sus compatriotas, y en base al excepcionalismo estadounidense, tendía a considerar que sus valores eran universales y que su sociedad y su gobierno eran modelo para el mundo. Wilson acudió a Europa como un misionero, dispuesto a rescatar a los paganos europeos. Clemenceau decía que hablar con Wilson era como hablar con Jesucristo (31).

Mientras tanto, en noviembre los bolcheviques llegaron al poder, y el 14 de noviembre de 1917 se iniciaron negociaciones de paz entre la Rusia revolucionaria y los Imperios Centrales. Con el fin de despertar a los trabajadores de los países en guerra y para ganarlos como aliados, los bolcheviques habían insistido en que las negociaciones se llevasen a cabo en público. Así, la delegación soviética inauguró la conferencia con una propuesta general de paz sin anexiones ni reparaciones sobre la base del «derecho de autodeterminación de los pueblos», establecido ya en el «Informe sobre la paz» de Lenin, del 8 de septiembre (32).

De golpe, Lenin aparecía apelando a la paz inmediata y sin concesiones, proponiendo la abolición de la diplomacia secreta y la autodeterminación de los pueblos. Esto, claramente, ponía en apuros a los aliados.

(27) MOMMSEN (1983): 317.

(28) REYNOLDS (2011): 33.

(29) MOMMSEN (1983): 317.

(30) REYNOLDS (2011): 33.

(31) MACMILLAN (2005), capítulo para el perfil del presidente Woodrow Wilson.

(32) LENIN (S.A.): 5-14.

Es entonces cuando, como reacción al discurso de Lenin, Wilson enunció sus célebres Catorce Puntos (33) ante el Congreso, el 8 de enero de 1918. En ellos sistematizaba los objetivos del campo aliado dándoles una entidad más idealista (puntos 1 a 5 y 14), y de paso respondía a Lenin en sus propios términos. También apelaba al principio de autodeterminación de los pueblos, pero como enraizado en el patrimonio de las revoluciones británica, francesa y norteamericana. Y su sueño de construir una Sociedad de Naciones, antecesora de la moderna ONU, enlazaba con una obra del pensamiento filosófico tan europea como el *Proyecto de paz perpetua* de Emmanuel Kant.

En 1919, el mundo estaba muy dispuesto a escucharle tras la carnicería de los últimos cuatro años. Existía una especie de adoración momentánea por Wilson y sus Catorce Puntos, hasta el punto de que el mismo presidente se temía que tanto enaltecimiento pudiera terminar en una «tragedia de decepción». Máxime cuando el mismo Clemenceau llegó a decir: «Dios nos dio los Diez Mandamientos y nosotros los infringimos. Wilson nos da los 14 Puntos. Ya veremos» (34).

El parentesco paradójico de la Gran Guerra con la Guerra Fría no se reduce a que ambos conflictos hayan sido coronados como «últimas guerras de la Historia», siendo continuación uno del otro –dado que la Segunda Guerra Mundial entroncó sin solución de continuidad con el gran enfrentamiento bipolar Este-Oeste, con prólogo en el pulso Lenin-Wilson de 1917 (35)–. Dicho parentesco incluso se intentó poner de relieve, con toda intención, en algunos planteamientos historiográficos; como, por ejemplo, descargando la responsabilidad del estallido de la Primera Guerra Mundial en Rusia (36).

Más todavía: el final de la Guerra Fría contradujo la teoría leninista del conflicto inevitable, al concluir en el desmoronamiento pacífico de la Unión Soviética, evitando la Tercera Guerra Mundial, a pesar de que en el periodo 1945-1991, el capitalismo monopolista internacional alcanzó un momento cumbre de su poderío, económico, financiero y militar. Finalmente no tuvo lugar la guerra nuclear que temieron dos generaciones en prácticamente todo el mundo, y que muchas veces se imaginó o se presentó como fatal en los medios de comunicación, en la producción literaria y cinematográfica, e incluso en el discurso político (37).

(33) WILSON (1918): 120-121.

(34) REYNOLDS (2011): 34.

(35) POWASKI (2011): 17-25.

(36) *Vid.*, a título de ejemplo, un manual corrientemente utilizado: PALMER y COLTON (1980): 436: «Fue Rusia la que arrastró a Francia y luego Gran Bretaña a la guerra de 1914, y Austria la que arrastró a Alemania». Para un estudio extenso y pormenorizado sobre la responsabilidad rusa en los orígenes de la Gran Guerra: MCMEKIN (2011).

(37) «El discurso nunca pronunciado de la reina Isabel II sobre la Tercera Guerra Mundial», *El Mundo.es*, 1 de agosto, 2013. A pesar de que se trataba solo de una simulación, el discurso de

4. LA GRAN GUERRA, MÁS ALLÁ DE 1918

Como es bien sabido, tras su estallido en agosto de 1914, la Primera Guerra Mundial degeneró rápidamente en un desastroso empate estratégico, que se convirtió en símbolo de la contienda. La Gran Guerra como el conflicto «demasiado serio para dejarlo en manos de los militares» (en frase de Napoleón parafraseada por Clemenceau), cantera argumental para grandes filmes antimilitaristas, provocó que los estudios historiográficos sobre el conflicto se centraran más bien poco en sus aspectos militares o geoestratégicos, y sí más en enfoques culturalistas, sociológicos e incluso de psicología social. Como bien ilustra A. J. P. Taylor, los estudiantes suelen interesarse mucho más en los orígenes del conflicto que en su desarrollo, una reacción opuesta a la que suelen mostrar ante la Segunda Guerra Mundial (38).

Sin embargo, el empate estratégico basado en planes militares deficientes y en la equiparación de tecnología militar hasta el punto de llevar el conflicto al punto de empate, es también, de nuevo, la historia de la Guerra Fría. La diferencia es que en un caso la contienda sí tuvo lugar, con el resultado de millones de muertos, y en el otro el empate, convertido en equilibrio del terror, evitó el holocausto, aunque generando un número aún no calculado de víctimas en los numerosos conflictos acaecidos en los teatros periféricos.

Ahora bien, el interés real de este cotejo no radica exactamente en la comparación genérica entre ambas confrontaciones, sino en la consideración de las guerras menores que las atraviesan.

Tanto la Primera Guerra Mundial como la Guerra Fría están compuestas por lo que podríamos denominar conflictos centrales: la guerra de trincheras en el frente occidental europeo, en un caso; y la carrera de armamentos nucleares y equilibrio del terror en el otro. Pero también juegan un papel importante las contiendas tenidas por secundarias, tales como la rebelión árabe y la lucha por destruir el Imperio otomano, además de la Revolución y la guerra civil rusas, por un lado; y las guerras anticoloniales y *proxy wars* de la Guerra Fría, lidiadas en lo que por entonces se conocía como Tercer Mundo (39).

Considerar estos conflictos supone traspasar las grandes conflagraciones mundiales, rompiendo los encapsulamientos cronológicos establecidos por la historiografía occidental. En efecto, los movimientos y guerras anticoloniales son anteriores a 1914; lo mismo sucede con la revolución rusa de 1917, que tiene su predecesora en 1905 y, en cierta manera, en el hundimiento de la monarquía en China, en 1911. La agitación en el mundo árabe tiene su antecedente en la resistencia senusi contra los italianos, en Libia, durante 1911 y 1912; y

la reina –escrito como si se fuera a retransmitir el viernes 4 de marzo de 1983– tenía por objeto preparar a los ciudadanos ante lo que podía ocurrir.

(38) TAYLOR (1964): 30-31.

(39) BURLEIGH (2014).

también en las insurrecciones zaydíes, en Yemen, contra el Imperio otomano, que concluyeron en 1911 con la concesión de una especie de condominio.

Durante la Primera Guerra Mundial, el mundo árabe cobra un gran protagonismo en el proceso de disolución del Imperio otomano, aunque la interferencia anglo-francesa (Tratado de Sykes-Picot en 1916) y la cuestión palestina se convierten en origen del continuado desbarajuste que va a sufrir Oriente Medio en años sucesivos (40), engarzando la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Fría y la Posguerra Fría, hasta nuestros días.

Algo similar se puede decir de la implicación del África Negra en la Primera Guerra Mundial. Hasta el presente se ha tendido a considerar que estos escenarios son absolutamente secundarios en la Gran Guerra. Y lo son con respecto al esquema occidental de la misma, pero no en relación a las propias historias nacionales o regionales. Resulta significativo al respecto que solo en África murieran 400.000 de los más de dos millones de trabajadores forzados al servicio del esfuerzo bélico, debido a causas como el agotamiento o las enfermedades. En conjunto, una tasa de mortalidad más elevada que la de las tropas británicas en el frente occidental (41).

Otro claro ejemplo de lo dicho lo tenemos en el impacto que originó en China la implicación del Japón en la conquista de la colonia alemana de Jiaozhou. En 1915 Tokio presentó a Beijing las Veintiuna Exigencias, seguidas de un ultimátum, que conmocionaron a los chinos. Cuatro años más tarde, el trato concedido en Versalles a los aliados chinos, por parte de los vencedores de la Gran Guerra, precipitó el Movimiento del 4 de Mayo de 1919, verdadero arranque del nacionalismo popular chino y síntoma de las muy profundas transformaciones que se estaban produciendo en la sociedad de la nueva república (42).

Por otra parte, la matanza de Amristar (también llamada de los jardines Jallianwala Bagh) acaecida en abril de 1919, se debió a la prolongación del estado de excepción aplicado durante la Primera Guerra Mundial en la India, mediante el decreto Rowlatt (43). Como trasfondo, contaba el malestar social –sobre todo en Bengala y el Punjab–, debido a la enorme contribución de la India al esfuerzo de guerra británico durante la guerra. En torno a 1.250.000 soldados y trabajadores habían servido en Europa, África y Oriente Medio; a ello debían añadirse las entregas de alimentos, materias primas, municiones y recaudaciones impositivas aportadas desde el subcontinente. Como resultado, el nacionalismo indio unificó sus fuerzas, especialmente en el seno del Partido del Congreso Nacional Indio, que llegó al Pacto de Lucknow con la Liga Musulmana en 1916. En las postrimerías de la Gran Guerra, las pérdidas sufridas, la inflación y la carga impositiva, junto con el detonante de la masacre de

(40) MCCARTHY (2002): 216-219.

(41) HOCHSCHILD (2011): 515.

(42) CHOW, HON, IP y PRICE (2008).

(43) DRAPER (1990).

Amristar, ayudaron decisivamente a impulsar el movimiento de no cooperación encabezado por Gandhi a partir de 1920.

Así, la Primera Guerra Mundial genera un impacto directo en buena parte del macrocontinente eurasiático y en África, que se prolonga sin solución de continuidad más allá de 1918, máxime si incluimos la Revolución bolchevique y la guerra civil subsiguiente como parte indisoluble de la Gran Guerra. La revolución altera completamente la marcha de la contienda, dando lugar a la salida formal de Rusia. Pero el intervencionismo alemán, turco y de las potencias de la Entente en su enorme territorio, la mantienen de hecho como teatro de operaciones.

Al fin y al cabo, el objetivo principal de las potencias de la Entente, en agosto de 1918, buscaba reconstruir el frente del Este, anulando a los bolcheviques, conteniendo a alemanes y turcos y apuntalando alguna forma de poder ruso blanco. Tanto es así, que los resultados de ese gigantesco enfrentamiento que se prolongó por Rusia y Asia Central hasta 1922, afectaron y alteraron un orden internacional falsamente impuesto por la Entente y los Estados Unidos en Versalles. Los Catorce Puntos, que nunca habían sido un proyecto terminado, un esquema a aplicar tal cual, quedaron desbordados por los acontecimientos ya desde los primeros días de 1919, aun sin contar con la escasa habilidad del mismo Wilson por imponerlos (44).

La no inclusión de la Rusia revolucionaria en los acuerdos de paz, generó todo un vacío que llegará a distorsionar el equilibrio europeo hasta el mismo comienzo de la Segunda Guerra Mundial, dando sorpresas como el Pacto Molotov-Ribbentrop. El Tratado de Lausana, en 1923, anuló el Tratado de Sèvres, impuesto al Imperio otomano solo tres años antes. En ese tiempo, las tropas turcas lograron expulsar a griegos, franceses, italianos y británicos de su territorio, y eso ocurrió, en parte, gracias a la ayuda material de la Rusia bolchevique.

De hecho, las consecuencias de la prolongación de la Gran Guerra en la contienda civil rusa pudieron haber ido más allá, caso de que el territorio del antiguo imperio hubiera sido troceado en forma de áreas de influencia entre las potencias intervencionistas, como fue su intención. De otra parte, a lo largo del verano de 1918, y sobre todo en torno a septiembre, con la recuperación momentánea de su independencia y la colaboración de la Legión checa que controlaba el Transiberiano, los gobiernos blancos y los contingentes militares de la intervención aliada en Siberia oriental, pareció estar a punto de restablecerse la comunicación directa entre Europa y Asia a partir de un corredor que más o menos hubiera recuperado la continuidad de una ruta de comunicaciones, por entonces con un claro contenido geoestratégico, similar a la antigua Ruta de la Seda, interrumpida por la aparición de los grandes imperios orientales del siglo XVII.

En definitiva, la entidad real de la Primera Guerra Mundial, confrontada con la acotación tradicional derivada de la actividad diplomática europea, da como

(44) VEIGA y MARTÍN (2014): 249.

resultado una contienda que se «desborda» más allá del 11 de noviembre de 1918 y de las fronteras orientales de la potencia vencida, Alemania. Si atendemos a lo que significó la guerra para dos grandes potencias participantes, Rusia y el Imperio otomano, esta se prolongó hasta 1923 (45).

Podemos tomar como referencia el hecho de que en el contexto de la Gran Guerra tienen lugar tres grandes conflictos: la guerra convencional en los frentes europeos, la guerra revolucionaria en Rusia y las guerras de descolonización en Oriente Medio y, en parte, en Asia Central. En ese caso, datar el final exacto de la contienda, ahora sí realmente mundial, resulta todavía más difícil. En tal sentido, la Primera Guerra Mundial posee una proyección extraordinaria, puesto que incluye la Segunda Guerra Mundial como su consecuencia. Pero también la tiene si atendemos al hecho de que tras el 11 de noviembre de 1918 no se termina de combatir y ello en teatros de operaciones muy diversos. En China casi se puede decir que la operación japonesa contra la colonia alemana de Jiaozhou, en 1914, va a enlazar con la expansión de los señores de la guerra, la reconquista de la República por las fuerzas del Guomindang y las milicias comunistas, enfrentadas a su vez entre sí a partir de 1927; y las operaciones de conquista japonesas del Ejército del Kwantung ya en 1931 (46). Si consideramos que la guerra chino-japonesa, que comienza en toda regla con el incidente del Puente de Marco Polo, en julio de 1937, puede ser considerada uno de los «inicios múltiples» de la Segunda Guerra Mundial, es dado afirmar que en China se vive una beligerancia continuada, prácticamente ininterrumpida entre 1914 y 1945, que tiene mucho que ver con la corriente de los conflictos de descolonización.

5. CONCLUSIONES

Cuando ha transcurrido un siglo desde el inicio de la Primera Guerra Mundial, es tiempo ya de cuestionar la parcelación interpretativa que se ha practicado hasta ahora, adoptando aproximaciones más flexibles. Eso incluye cuestionar seriamente la visión de ese conflicto como un «final de época», siguiendo la estela del testimonio, en primera persona, de algunos eminentes intelectuales conmocionados por la brutalidad del conflicto (47). En tal sentido, la historia inmediata provee de una herramienta interpretativa muy valiosa para acontecimientos dentro del rango de un siglo a partir del momento presente. Y lo es porque obliga a utilizar un análisis que incluye, utilizando los símiles fotográficos, objetivos de gran angular, en ojo de pez, o dispositivos de amplio forma-

(45) ROSHWARD (2001): 156-197; VEIGA y MARTÍN (2014), capítulo 7.

(46) Un manual al uso que permite seguir con cierto detalle este hilo argumental es el de SPENCE (2011): 392-406 y 435-480

(47) Un ejemplo ya clásico: FUSSELL (2006).

to que nos dan vistas panorámicas. Así, la historia más reciente queda incluida en la perspectiva general como proyección hacia el pasado, incluso bien lejano. No se trata solo de cuestionar los encapsulamientos cronológicos desde el acontecimiento hasta ahora; a veces hay que sumergir ese mismo acontecimiento en contextos anteriores en el tiempo –comparando aspectos de las Gran Guerra con las operaciones militares del siglo XVIII– o atravesarlo con asuntos que lo preceden y lo continúan: por ejemplo, el proceso de descolonización.

Cierto es que existe el riesgo de «actualizar el pasado remoto», en el cual los historiadores han incurrido en numerosas ocasiones. Pero también el recurso a la historia inmediata debe de servir para hacernos tomar consciencia, en forma explícita, de que existe ese riesgo de contaminación en nuestros análisis. Por otra parte, la historia del tiempo presente nos llama la atención, una y otra vez, sobre el hecho de que si se quieren entender los acontecimientos que nos están afectando ahora mismo, no queda más remedio que remontarnos a unos antecedentes realmente operativos, no meramente románticos e irreales, que no suelen ir más allá de cuatro generaciones.

La Gran Guerra de 1914 a 1918 da respuestas concretas sobre los orígenes de los actuales conflictos en Oriente Medio: en la Declaración Balfour, en el Tratado Sykes-Picot, en el Tratado de Lausana. La revitalización del ultranacionalismo en Europa es ahora una variante más «técnica», relacionada con las actuales tendencias de la ingeniería social, de la antigua movilización programada en los orígenes del fascismo italiano, relacionada a su vez con la militarización de la sociedad durante la Primera Guerra Mundial, que permite mantener en marcha la movilización de las masas a pesar de la carnicería, sin otra justificación que el nacionalismo.

La desaparición de la Unión Soviética en 1991 nos ha traído de nuevo una Rusia nacionalista, ya sin el modelo político universal que supuso el marxismo-leninismo, con unas reacciones que a veces recuerdan las de la Rusia zarista de comienzos de siglo XX. Quizá los Estados Unidos deban retirarse a una posición similar a la que poseían en 1914: potente pero no tan hegemónica como en los últimos cien años. Y en cuanto a Europa, que sigue produciendo más historia de la que puede digerir –parafraseando a Winston Churchill– continúa siendo un poder mundial, aunque no ya por sus ejércitos, sino por su economía basada en el mayor mercado de consumo global. Queda por ver si sus antiguas colonias y zonas de influencia, convertidas ahora en potencias emergentes, no repiten sus errores de entonces. En cualquier caso, por lo que parece, 2014 parece destinado a cerrar una época, abriendo otra nueva.

6. BIBLIOGRAFÍA

BLOM, PHILIPP (2010): *Años de Vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*, Barcelona, Anagrama.

- BURIN, FREDERIC S. (1963): «The Communist Doctrine of the Inevitability of War», *The American Political Science Review*, 57-2, pp. 334-354.
- BURLEIGH, MICHAEL (2014): *Pequeñas guerras, lugares remotos. Insurrección global y la génesis del mundo moderno*, Madrid, Taurus.
- CLARK, CHRISTOPHER (2013): *The sleepwalkers. How Europe went to war in 1914*, Harper.
- CROWL, PHILIP A. (1991): «Alfred Thayer Mahan: el historiador naval», en PARET, PETER (ed.), *Creadores de la estrategia moderna*, Madrid, Ministerio de Defensa, pp. 463-494.
- COMELLAS, JOSÉ LUIS (2010): *La guerra civil europea, 1914-1945*, Madrid, Rialp.
- CHOW, KAI-WING; HON, TZE-KI; IP, HUNG-YOK y PRICE, DON C. (eds.) (2008): *Beyond the May Fourth Paradigm: In Search of Chinese Modernity*, Lexington Books/Rowman and Littlefield.
- DRAPER, ALFRED (1990): *The Amritsar Massacre: Twilight of the Raj, Echoes of War*, Ashford, Pr. Pub.
- ERICKSON, EDWARD J. (2003): *Defeat in Detail. The Ottoman Army in the Balkans, 1912-1913*, Praeger.
- FERGUSON, NIALL (1998): *The Pity of War, 1914-1918*, London, Penguin.
- (2007): *La guerra del mundo*, Barcelona, Debate.
- (2012): *The Abyss. First World War and the End of the First Age of Globalization*, London, Penguin.
- FERRO, MARC (1984): *La Gran Guerra (1914-1918)*, Madrid, Alianza Editorial.
- (2006): *The Great War, 1914-1918*, Taylor & Francis eLibrary.
- FIGES, ORLANDO (1998): *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*, London, Penguin Books.
- FUKUYAMA, FRANCIS (1992): *The End of History and the Last Man*, Free Press.
- FUSSELL, PAUL (2006): *La Gran Guerra y la memoria moderna*, Madrid, Turner.
- GAY, RANDAL y GARDINER, ROBERT (ed.) (1985): *Conway's All the World's Fighting Ships, 1906-1921*, Annapolis, Naval Institute Press.
- GILBERT, MARTIN (2011): *La Primera Guerra Mundial*, Madrid, La Esfera de los Libros.
- GOYA, MICHEL (2004): *La chair et l'acier. L'invention de la guerre moderne (1914-1918)*, Paris, Tallandier.
- HOCHSCHILD, ADAM (2011): *Para acabar con todas las guerras. Una historia de lealtad y rebelión, 1914-1918*, Madrid, Península.
- HOWARD, MICHAEL (2012): *La Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Crítica.
- (1976): *War in European History*, Oxford, Oxford University Press.
- KARSH, EFRAIM e INARI (1999): *Empires of the Sand. The Struggle for Mastery in the Middle East, 1789-1923*, Cambridge, Harvard University Press.
- KEEGAN, JOHN (1995): *Historia de la guerra*, Barcelona, Planeta.
- LEED, ERIC J. (1981): *No Man's Land. Combat and Identity in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press.
- LENIN, V. I. (s.a.): *Informe sobre la paz*, Moscú, Progreso.

- LINCOLN, W. BRUCE (1999): *Red Victory: A History of the Russian Civil War*, New York, Da Capo Press.
- LYNN, JOHN A. (2002): «Rivalidad internacional y guerra», en BLANNING, T.C.W. (ed.), *El siglo XVIII*, Barcelona, Crítica.
- MACMILLAN, MARGARET (2005): *Paris 1919*, Barcelona, Tusquets.
- MCCARTHY, JUSTIN, (2002): *The Ottoman Peoples and the End of Empire*, Arnold, London.
- MCMEEKIN, SEAN (2011): *The Russian Origins of the First World War*, Cambridge, The Belknap Press of Harvard University Press.
- MAWDSLEY, EVAN (2007): *The Russian Civil War*, New York, Pegasus Books.
- MARTEL, GORDON (ed.) (1986): *The Origins of the Second World War Reconsidered. The A.J.P. Taylor debate after twenty-five years*, Boston, Allen & Unwin.
- MASDEU MARQUINO, CARLES X. (2012): «Estrategias para Eurasia: el retorno de Mackinder», en VEIGA, FRANCISCO y MOURENZA, ANDRÉS (eds.), *El retorno de Eurasia*, Barcelona, Península.
- MASSIE, ROBERT K. (2003): *Castles of Steel: Britain, Germany, and the Winning of the Great War at Sea*, New York, Presidio Press.
- (1991): *Dreadnought*, New York, Random House.
- MIESZOWKI, JAN (2009): «Great War, Cold War, Total War», *Modernism/Modernity*, 16, pp. 211-228.
- MORROW, JOHN H. (2008): *La Gran Guerra*, Barcelona, Edhasa.
- NEIBERG, RICHARD (2006): *La Gran Guerra, una historia global (1914-1918)*, Barcelona, Paidós.
- PALMER, R.R. y COLTON, JOEL (1980): *Historia Contemporánea*, Barcelona, Akal.
- PARKER, GEOFFREY (ed.) (2010): *Historia de la Guerra*, Madrid, Akal.
- PONS, SILVIO (2002): *Stalin and the inevitable war, 1936-1941*, London, Frank Cass.
- POWASKI, RONALD E. (2011): *La Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Barcelona, Crítica.
- QUERO RODILES, FELIPE (2009): *Historia militar de la Primera Guerra Mundial. De la caballería al carro de combate*, Madrid, Sílex.
- REYNOLDS, MICHAEL A. (2011): *Shattering Empires. The Clash and Collapse of the Ottoman and Russian Empires, 1908-1918*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ROSHWALD, AVIEL (2001): *Ethnic Nationalism & the Fall of Empires. Central Europe, Russia and the Middle East, 1914-1923*, London, Routledge.
- SAZONOV, SERGE (1928): *Fateful Years, 1909-1916*, New York, Frederick A. Stokes.
- SONDHAUS, LAWRENCE (2001): *Naval Warfare 1815-1914*, London, Routledge.
- SPENCE, JONATHAN D. (2011): *En busca de la China moderna*, Barcelona, Tusquets.
- STONE, NORMAN (2008): *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Ariel.
- TAYLOR, A.J.P. (1970): *La guerra planeada. Así empezó la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Nauta.
- (1964): *The Origins of the Second World War*, London, Penguin Books.

- TRAVERSO, ENZO (2009): *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València.
- VEIGA, FRANCISCO; UCELAY DA CAL, ENRIQUE y DUARTE, ÁNGEL (1997): *Una historia de la Guerra Fría, 1941-1991*, Madrid, Alianza.
- y MOURENZA, ANDRÉS (2011): *El retorno de Eurasia*, Barcelona, Península.
- y MARTÍN, PABLO (2014): *Las guerras de la Gran Guerra, 1914-1923*, Madrid, La Catarata.
- WASSERSTEIN, BERNARD (2010): *Barbarie y civilización. Una historia de la Europa de nuestro tiempo*, Barcelona, Ariel.
- WILSON, WOODROW (1918): *La Sociedad de las Naciones*, Barcelona, Librería Granada.
- YOUNG, ERNEST (1977): *The Presidency of Yuan Shih-k'ai, Liberalism and Dictatorship in the Republican China*, Ann Arbor, University of Michigan.

